



Baltar, Rosalía y Analía Hernández. "Espacios y sociedades: la sensibilidad de los sentidos".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, julio de 2019, vol. 8, n° 16, pp. 2-7.

Espacios y sociedades: la sensibilidad de los sentidos

Spaces and societies: the sensitivity of the senses

Rosalía Baltar¹ y Analía Hernández²

Recibido: 18/06/2019

Aceptado: 30/06/2019

Publicado: 05/07/2019

Un poco de historia... y antropología

Podríamos, con la mano en el corazón, datar un inicio de la preocupación por los sentidos? Podemos sí señalar unas fechas en torno a la constitución de un campo de estudios desde disciplinas como la historia y la antropología, las cuales, en los ochenta, necesitaron rediseñar sus formas de encarar los estudios del individuo, de la interpretación de sí, de la mirada sobre el cuerpo; podemos también buscar “el rastro sensorial” en décadas anteriores, en las páginas de Lucien Febvre o cuando la fragmentación de la Escuela de los Annales dio paso a una nueva corriente, las Mentalidades, a fines de los sesenta. Tras la pista del “espíritu de una época”, los grandes historiadores franceses de la década, George Duby, Michel Vovelle, Jacques Le Goff, Robert Mandreou y Jean Delumeau buscaron en lo cotidiano una interpretación de la mentalidad, de los comportamientos y visiones colectivas de las sociedades, de las creencias y los sentimientos en relación con los hechos y las cosas. Más allá de las críticas y evaluaciones disciplinares sobre los resultados, tanto Annales como Mentalidades produjeron magníficos historiadores en cuyas escrituras percibimos la mirada sobre los sentidos. Pongamos un solo caso, el de *Mediterráneo* de Fernand Braudel. En su escritura, las imágenes sensoriales se suceden: “un estudio sobre un espacio líquido”, “contemplar las realidades de la vida, espesa y profunda”; también en sus propósitos: estudiar el hábito, lo rutinario, lo inmóvil; abordar una instancia de movimiento lento y parsimonioso; por último, la agitación de la superficie, una historia del episodio: “Desconfiemos de esta historia todavía en ascuas, tal como las gentes de

¹ Doctora en Letras (UNMdP). Profesora adjunta regular, exclusiva, en Teoría y Crítica Literarias II, Departamento de Letras, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata. Co-directora del grupo de investigación “Estudios de Teoría Literaria”. Contacto: rosalia.baltar@gmail.com.

² Profesora en Historia, graduada en la Universidad Nacional de La Plata. Magíster en Ambiente y Desarrollo Sustentable por la Universidad Nacional de Quilmes. Doctoranda en Historia por la Universidad Nacional de La Plata. Investigadora miembro del programa de investigación “Las conformaciones familiares de ayer y de hoy en el Río de La Plata y la Argentina: fuentes, conceptos y perspectivas de análisis” de la UNLP. Contacto: analiahernandez@gmail.com.



la época la sintieron y la vivieron, al ritmo de su vida, breve como la nuestra. Esta historia tiene la dimensión tanto de sus cóleras como de sus sueños y de sus ilusiones” (18).

En los años ‘70, el giro lingüístico, por una parte, y la historia cultural, por otra, pusieron el acento en la retórica del discurso histórico y en las prácticas de la cotidianidad, advirtiendo cómo las formas del lenguaje dan cuenta de las transformaciones que se dan en una sociedad determinada –también algo presente en las corrientes historiográficas previas y, desde ya, en la filosofía del lenguaje, en Michel Foucault y Jacques Derrida–. La “historia cultural”, con los rutilantes nombres de Peter Brown, Robert Darnton, Pierre Nora y Roger Chartier procuró romper el esquema del materialismo histórico y logró superar la ambigüedad del término “mentalidad” postulando que aquello que dota de sentido a lo real depende de la conformación de la sociedad por grupos heterogéneos, cada cual con su propia configuración de sentidos, realidades, objetos y significados. Es en la conjunción del giro lingüístico con el giro cultural en los estudios históricos, donde podemos ubicar el surgimiento de los estudios sensoriales y la señera figura de Alain Corbin. En sus páginas sobre el silencio, la miasma, el perfume, el océano, los estudios de Merleau Ponty sobre la percepción resultan insoslayables: así, historia y filosofía, archivo y especulación se orientan y potencian en un análisis de los sentidos. Corbin redefinió las fuentes documentales otorgando valor testimonial a aquellas que expresaban aspectos de los sentidos y la sensibilidad. Europa y Estados Unidos incorporaron esa variable sensorial a los estudios históricos lo que originó nuevas formas de explorar el pasado y obligó a revisar otras que se creían acabadas.

Por su parte, la antropología tuvo que esperar hasta los años sesenta para nutrir las bases que harían posible el nacimiento de los estudios sensoriales. Los dramáticos hechos de la segunda parte del siglo XX hicieron entrar en crisis a la antropología (Crisis de Posguerra, Guerra Fría, Descolonización del Tercer Mundo, entre otros) y empezó a aflorar una nueva visión del “otro” ya no como “objeto” sino como sujeto. Varias corrientes antropológicas hicieron posible que se incorporaran nuevas aproximaciones al sujeto, tanto en EEUU como en Europa: la Ecología cultural, el Materialismo cultural, la Antropología simbólica, el Marxismo estructural y la Antropología Económica. Clifford Geertz es uno de los representantes del giro cultural, así como Julian Steward, Maurice Godelier, Marvin Harris, Claude Mèlliasoux. Este viraje antropológico gestó nuevas líneas interpretativas que evolucionaron hacia los estudios sensoriales (ese término aún no existía). De esa forma, comenzó a trabajarse sobre la cultura visual, cultura auditiva, cultura del olor, cultura del gusto y cultura del tacto. Ese método de trabajo se adecuó –y aún hoy lo hace– a un esquema de clasificación rígido (ideado por Aristóteles) que jerarquizaba los sentidos, ubicando a la vista y el oído por sobre el olfato, el gusto y el tacto. Esa jerarquía se trasladó a la sociedad, lo que facilitó hacer asociaciones diversas vinculadas a los sentidos; por ejemplo, a las clases altas, entendidas como refinadas y distinguidas, se las alineaba con los sentidos de la mirada y la audición en vinculación directa con las artes; a las clases bajas se las asociaba con los otros sentidos –“menos nobles”– para marcar la diferencia. El tacto se creía en relación directa con las tareas manuales, el olfato y el gusto, de manera no menos negativa, asociadas a la suciedad y al hedor. Otra cuestión que surge al observar esa escala de sentidos es que fue Occidente quien postuló su jerarquía. La percepción no es únicamente un fenómeno mental o fisiológico, la percepción es cultural y política. Cada cultura elabora formas de entender y de utilizar los sentidos de acuerdo con sus propios parámetros, su historia y su entorno socioambiental; para bien o para mal, todas las sociedades establecen diferencias sensoriales sobre la base del género, la etnia y la clase social. Las últimas décadas vieron avanzar una multiplicidad de estudios sensoriales ínter y transdisciplinarios funcionales al marketing, como resultado de la feroz competencia en el mercado. Así, los estudios sobre la estimulación de los sentidos para fomentar el deseo de comprar es algo corriente (para vender una casa se ha detectado la buena predisposición que se genera si en ella hay olor a pan recién horneado, lo que da la sensación de hogar). Incluso Occidente ha

idealizado y creado (para auto-consumo) una cultura oriental directamente vinculada a los sentidos: el yoga, la meditación, el *feng shui*, los mandalas, etc. Occidente crea un *Oriente sensorial*, imaginado, milenario, aromático, lento y relajado, incluso primitivo. Esa cultura creada *ad hoc* es instantáneamente consumida y reproducida en mil imágenes inventadas para seguir la moda. Pero, más allá de este uso pragmático de los sentidos, entre tantos otros, desde ya, lo cierto es que su estudio en la historia y en el arte permiten adentrarse en una comprensión subterránea que hace al conocimiento de un momento histórico y de los hombres de ese momento. Los sentidos son el mundo, intervienen en la relación entre la idea y el sujeto, la mente y el cuerpo, evocan, registran, afloran, determinan, identifican y marcan. Son la materia viva de las sociedades y las culturas porque son parte de los sujetos y su historia.

Espacios, sentidos, imágenes, ciudad

Como se sabe, los estudios literarios, la crítica y la teoría son animales depredadores. Saquean cualquier dispositivo, toda estantería, para encontrar una palabra que ilumine, que haga pensar su objeto. Por eso, es difícil encontrar una línea preestablecida para estudiar tal o cual problemática, sin ver que cada autor se sirve de lo que ha leído, mezclado, conjurado en un análisis. Entonces, en un examen inferencial, hemos ido en este punto de lo particular a lo general y reordenamos las recurrencias teóricas y críticas de los artículos que configuran este microcosmos llamado *Dossier*. Para hablar de espacios, si bien podríamos retrotraernos a la *Física* de Aristóteles y pensar desde él el camino recorrido hasta nosotros, con el mojón Kant y el mojón Nietzsche como puntos de detenimiento fundamentales y las reflexiones insoslayables de Merleau Ponty, David Le Breton, Gilles Deleuze, nuestros trabajos se situarían en las relaciones pensadas por tres grandes autores contemporáneos. Uno, Gastón Bachelard, quien desde su combate filosófico contra el racionalismo y la presunta certeza de la ciencia recupera un tratamiento de la imaginación poética en los territorios de la intimidad y, por ello, un recorrido por la memoria, el ensueño, la poesía, la infancia en los espacios. Otro, Jean-Luc Nancy y la línea que puede ser trazada desde él hacia George Bataille, Jacques Derrida, Maurice Blanchot y Martin Heidegger en el marco de la filosofía contemporánea: en un contexto de preocupaciones muy amplias, que van del concepto de comunidad a las formas románticas de la expresión del sentido, del análisis de los totalitarismos a la deconstrucción de entidades preestablecidas por determinados usos filosóficos como la subjetividad, la verdad, el sentido, Nancy aborda el cuerpo en tanto problema, incluso lugar, campo de batalla, dimensión de su reflexión político-filosófica. Nuestros colaboradores han utilizado *A la escucha, Corpus, 58 indicios sobre el cuerpo*, el ensayo sobre la piel, ese órgano tan extenso y pesado y, a su vez, límite y tridimensión, apertura y otredad. Por último, la presencia de las reflexiones de Giorgio Agamben es insoslayable para pensar los usos políticos del cuerpo (desnudo, vestido, lacerado, monacal), del gusto y los demás sentidos como experiencias sensoriales y estéticas y los espacios gestados en los intersticios de ambas problemáticas.

El conjunto de artículos que constituyen el dossier puso de una u otra manera el acento en la imagen: imágenes modeladoras del ver, del sentir y del saber; imágenes visuales y su relación con la palabra literaria; las imágenes de las pinturas, las fotografías, la fotografía periodística, del cine y sus géneros documentales o de falsos documentales o de ficciones, con los cuales la reflexión sobre la espacialidad y la expansión de los sentidos se han conectado. Así, el dossier muestra esa búsqueda de los críticos de la literatura, un saqueo y por supuesto un recorrido, que incluye los aportes de nuestros especialistas: Beatriz Sarlo, Marta Penhos, Graciela Silvestri, entre otros.

Finalmente, quisiéramos recuperar las figuraciones de las ciudades que son pensadas aquí y que constituyen la cartografía propicia para desplegar las reflexiones sobre los espacios,

los cuerpos y los sentidos: no una ciudad, sino las ciudades, sus naturalezas, sus límites; no simplemente un pueblo sino un conjunto de relaciones entre hombres y mujeres que se dan cita a orillas de un río, en el almacén o el patio, en la villa miseria y en el foco de una cámara, en la redacción de un diario o el escritorio del empleado, en el fogón, a la intemperie, donde se cuecen los alimentos.

Un recorrido inicial por el *Dossier*

La mirada, un sentido. El trabajo de Emilia Artigas (Universidad Nacional de Mar del Plata) se centra en la configuración del gusto –como estética– en tanto espacio de la mirada –física, sensorial, y también, en la pauta cognoscitiva y aprehensiva de las acciones del ojo– en la bellísima novela de Pablo Montoya, *La sed del ojo*. A su vez, Artigas explicita las zonas de desplazamiento textual que comprometen distintas aproximaciones a una posible definición de gusto en una época dada (la ciencia, el arte, la justicia) para dar con la perspectiva central del gusto como un hacer, un constructo, una posición y, a veces, un consenso. En el trabajo podemos advertir la representación de la sociedad parisina del siglo XIX con la densidad propia de quien examina un objeto con unos prismáticos que van desde el conjunto hasta la filigrana del detalle. Lo real, la ficción y los sentidos. Por su parte, en el trabajo de Graciela Mayet (Universidad Nacional del Comahue) sobre “Las hortensias” de Felisberto Hernández, la expresión de los sentidos cobra una dimensión tal que borra los límites entre lo real y la ficción. La idea de que lo material vuelve la experiencia cotidiana como fantasma que, en lugar de confirmarla y hacerla viva, la diluye y adelgaza hasta desplazarse hacia otra experiencia nos resulta fascinante y forma parte, desde ya, de lo que podríamos denominar burdamente un “estilo Hernández”. Pero, además, la insistencia de Mayet por deconstruir esas formaciones convencionales y examinar cómo gana nuevos espacios “todo lo otro” se sitúa en uno de los debates teóricos contemporáneos más ricos: la relación entre vida y literatura –no en términos autobiográficos–, las expresiones de los cuerpos, los sentidos y la experiencia en tanto objetos a ser pensados, revisitados, examinados. La ficción y la experiencia modelada. Hace muchos años (y si bien la crítica envejece con rapidez también es cierto que por momentos se demora), Adolfo Prieto nos mostraba cómo la lectura del viajero Andrews le hacía a Juan Bautista Alberdi mirar, otra vez, la tierra de su infancia, a través de la lente de esa lectura foránea y que, sin embargo, consistía en la estrategia de reapropiación de ese espacio que, de otra manera, había sido suyo. Casi dos siglos después de ese Alberdi lector de una naturaleza de papel, Carlos María Domínguez, en dos de sus novelas, construye una “región costera”, una zona de agua, de isla, de orilla, tormenta y playa dibujada al calor del componente pictórico en tanto lectura y su confluencia con la dimensión del afecto. El minucioso análisis de las descripciones de esta zona que realiza Mercedes Alonso (Universidad de Buenos Aires, Instituto Interdisciplinario de Estudios de América Latina) proporciona un verdadero anclaje de la dimensión teórica respecto del espacio en la textualización narrativa, en la que emergen los contrastes, las tensiones, los finales felices y la tragedia cotidiana. De la relación del río con la cultura literaria y visual se ocupa también Pilar María Cimadevilla (Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de La Plata-CONICET y Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco) quien nos muestra la doble mirada que Robert Arlt expresa sobre el Río de La Plata en “Aguafuertes porteñas”. Por un lado, el acento sobre el pintoresco río, pero por el otro, el mundo portuario del trabajo. La autora nutre ese análisis con los aportes de dos artistas fundamentales para la época y para el propio Arlt: los poemas sobre el devenir en el puerto de Raúl González Tuñón y las pinturas de Benito Quinquela Martín que muestran el esplendor del río. Dentro, el oído. Matías Moscardi (Universidad Nacional de Mar del Plata-CONICET) indaga en la construcción de la *escucha poética* de la poesía argentina reciente (el

término indica el segmento 2010-2017); en sus líneas, Moscardi propone un acercamiento a la poesía argentina contemporánea a partir de la escucha crítica. Su análisis se asienta sobre los aportes que diferentes autores hicieron al estudio de la escucha en la poesía, pero también a la voz y a los espacios acústicos. Como reflexión final, para un nuevo acercamiento crítico, el autor destaca dos aspectos sensoriales: escucha y voz. Desde una perspectiva totalmente distinta, el artículo de Lucía Maudo García (Universidad de Oviedo) explora la relación entre gusto, sentidos y espacio en Guillermo Enrique Hudson. En su trabajo, la escritura de Hudson se ilumina en el decir benjaminiano: surgen aspectos no destacados de *Días de ocio en la Patagonia*, con la experiencia de lo bello y lo sublime en pequeñas observaciones del oído y la vista. Los trazos de una sensibilidad comprometida con el mundo inglés y el sudamericano diseñan espacios por momentos antagónicos, en los que la cultura heredada, la experiencia y los ideogramas actúan al describir los sonidos, la fauna, el paisaje en el desierto argentino – como en Sarmiento, un desierto “lleno”–, el oscuro y denso mar de la Patagonia, frente a la pequeña orquesta de pájaros londinenses. Podemos leer también *Días de ocio...* como una reflexión filosófica de la escucha y el sonido. Patios, zonas, ciudades. ¿Cómo no imaginar que en la zona Saer cabría esperar un paisaje local teñido de palabras criollas y árabes en contraste y comunión? ¿Cómo no pensar en ese universo familiar sin la memoria de una cultura migrante y de lecturas de infancia en medio de almacenes, jardines y aromas de Santa Fe? Carolina Maranguello (Universidad Nacional de La Plata-CONICET) se ocupa de vislumbrar en *La grande* (2005), novela póstuma e inconclusa, la reescritura del tópico del *nostos* a partir del exilio religioso de los familiares árabes, la *orientalización* de la zona que deshecha la estructura del exotismo y el homenaje a la lectura de José Pedroni, cuya poética es transitada en los días de aprendiz de Saer. “La ciudad es una imagen percibida y creada a través de las sensaciones”. Tras esta sentencia, Lilia Leticia García Peña (Universidad de Colima) recorre la obra completa de Octavio Paz en el eje de la ciudad de México y los sentidos que la constituyen en el poema total del escritor mexicano. Pero, además, recordando el análisis de Maudo en torno a la reflexión sobre los sentidos de Hudson, los textos de Paz se erigen en una poética de los sentidos y, como la autora va con precisión exponiendo, la ciudad imaginada por Paz tiene olor, sabor, tacto, gusto y ojos. El artículo sobre el patio, de autoría compartida entre una historiadora (Analía Hernández, Universidad Nacional de La Plata) y una geógrafa (Cristina Carballo, Universidad Nacional de Quilmes) pone en escena ese espacio como un territorio fundamental de la cultura literaria y política de la primera mitad de siglo XX en el contexto de la inmigración. Si para los higienistas el patio y el conventillo representaban lugares de contaminación –en sentido amplio del término–, también fueron algo más: constituyeron el caldo de cultivo de una sociedad que políticamente luchó por sus derechos, por una parte, y sin querer tal vez, lugares de representación literaria de altísima pregnancia a través de los cuales cristalizaron imágenes muy difundidas de ellos. Cuerpos. Desnudos y vestidos, alimentos crudos y cocidos: María Laura Pérez Gras (CONICET, Instituto de Literatura Argentina “Ricardo Rojas” de la Universidad de Buenos Aires, Universidad del Salvador) persigue los pasos de un norteamericano cautivo en una comunidad tehuelche para examinar cómo a través de los elementos constitutivos de una cultura, el alimento, la vestimenta, se construye una soberanía de sí mismo frágil, que puede perderse cuando el sujeto es obligado a la experiencia de una cultura ajena, a la que se conoce por libros y relatos y de la que ya se tiene todo preconcebido. El constructo nosotros/los otros se pone de manifiesto en planos tan elementales para la vida – casi pulsional– como lo es el de la alimentación. La comida es un elemento distintivo, identitario y tradicional para todas las sociedades. Este trabajo conjuga el territorio con los cuerpos, las costumbres y los contrastes culturales para arribar a complejas conclusiones donde se destaca la hibridación cultural, pero también las resistencias y debilidades en las formas de preservar las identidades. En “Cuerpos, sentidos y memoria o cómo situar la existencia de lo perdido”, sus autores –Cristian Suárez-Giraldo (Universidad Pontificia Bolivariana) y Paula A.

Dejanon Bonilla (Universidad de la Salle)– buscan analizar la recuperación de distintas formas de la memoria en la ficcionalización de un conflicto armado, ficcionalización que pone ante los ojos la existencia de cuerpos desgarrados por una violencia radical que termina por constituirse en su tránsito por mundo, casa, habitación en poéticas de supervivientes. Por su parte, Cristina Patricia Sosa y Verónica Moreyra (Instituto de Formación Docente de Villa Mercedes y Universidad Nacional de San Luis), en su propuesta sobre dos películas situadas en Colombia, analizan la construcción de espacios y cuerpos pobres en ámbitos marginales que devienen, junto con la figuración de la pobreza, en objetos de consumo del cine latinoamericano. Inquietante, esta lectura desmonta los imperativos de representación política en el espacio y entra en diálogo, en este dossier, con el trabajo de Artigas en el que señalaba cómo Montoya opta por deconstruir el contexto cristalizado de la criminalidad en el que se han recostado las narrativas contemporáneas colombianas. En efecto, al amparo de un estudio muy detallado de la bibliografía que trabaja este tópico, las autoras desarticulan ese constructo asociado al cuerpo, la villa, la pobreza como el eje estereotipado de un espacio marginal. A modo de conclusión, podríamos afirmar que los filmes analizados manifiestan una puesta en acto de la discusión acerca de la condición de objeto de consumo de la marginalidad. Hacen evidente el conflicto entre la eticidad del arte cinematográfico, la estetización de la miseria y la categoría de mercancía que la marginalidad entraña. Y, al hacerlo, no se excluyen, sino que eligen posicionarse dentro del debate para encarnarlo en toda su complejidad.

Una traducción de David Le Breton

El conocido antropólogo francés, dedicado a las preocupaciones acerca del cuerpo y su construcción social y cultural ha cedido los derechos para su versión al castellano del texto traducido por Francisco Aiello como “Nicolas Bouvier o el viaje como un arte de los sentidos”. Con cierta impertinencia lo hemos contactado en su momento y la verdad es que la cortesía de su trato y la generosidad de su envío da cuenta de una vida académica posible, que atraviesa lenguas, lugares y jerarquías. En el artículo, Le Breton observa los derroteros de una escritura de viajes signada por el deseo de presentar la experiencia en términos de “un arte de los sentidos” en los escritos que examina del autor ginebrino, Nicolas Bouvier. Un viaje es una experiencia de inmersión, no de distancia, podríamos concluir: las emociones y los sentidos aquí no se jerarquizan y participan de la configuración del sujeto en el mundo.

Queremos agradecer, desde ya, a Le Breton por este regalo y a Francisco Aiello, por esta traducción que nos permite disfrutarlo.

Obras citadas

- Bjerg, Maria. *Historias de la Inmigración en la Argentina*. (2da. reimpresión) Edhasa, 2019.
- Braudel, Fernand. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Fondo de Cultura Económica México, 1987.
- Corbin, Alain, director. *Histoire des émotions. Des lumières à la fin du XIXème siècle*. Vol. II, Seuil, 2016.
- _____ y Heuré, Gilles. *Alain Corbin. Historien du sensible. Entretien avec Gilles Heuré*. Editions la Découverte, 2000.
- Elias, Norbert. *El proceso de civilización*. Fondo de Cultura Económica, 2011 [1939].
- Febvre, Lucien. *La sensibilité et l’histoire: Comment reconstituer la vie affective d’autrefois? Annales d’histoire sociale*. Tomo 3, n.º 1, 1939-1941, pp. 5-20.